

¿Cultura o propaganda? Reflexiones sobre medio siglo de diplomacia cultural de Estados Unidos¹

Richard T. Arndt

Podemos confiar siempre en que los estadounidenses harán lo correcto [...] después de haber agotado cada una de las alternativas.

WINSTON CHURCHILL

A veinticuatro años de las dos décadas que pasé escarbando en el gobierno, como topo en un prado, y después de dar clases en dos buenas universidades, mis amigos mexicanos que conocen mi libro² me han retado a que me remonte a los años que pasé en la diplomacia cultural formal de Estados Unidos, en el contexto de cómo otros países ponen en práctica este arte y, en un sentido más amplio, en el contexto general de la historia mundial.

¹ Versión editada de la conferencia magistral “The First Resort of Kings: US Experiences in Public and Cultural Diplomacy”, presentada en la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE) en el marco del simposio internacional “Diplomacia pública y cultural”, organizado por la Dirección General de Asuntos Culturales (hoy Dirección General de Cooperación Educativa y Cultural) de la SRE y el Departamento de Estudios Internacionales de la Universidad Iberoamericana, el 30 de octubre de 2008.

² Richard T. Arndt, *The First Resort of Kings: American Cultural Diplomacy in the Twentieth Century*, Washington, D. C., Potomac Books, 2007.

Para empezar con la conclusión, me temo que hoy contemplo todo esto con una mezcla de desesperación y esperanza. La historia empieza y puede terminar en confusión semántica. Por ejemplo, Alan Riding, periodista cultural sensible, abogaba en el *International Herald Tribune* por que se prestara atención al entendimiento cultural: “Es excesivo esperar que la ‘diplomacia pública’, un eufemismo de la propaganda cultural, provea soluciones rápidas”.³ El matrimonio informal de las palabras *cultura* y *propaganda*, equiparadas con diplomacia pública, y el lamento por la incapacidad de esta última para producir una “solución rápida” (*quick fix*) hacen que uno se pregunte qué tendrán en mente observadores internacionales menos astutos.

La maraña semántica

La semántica prevalece como base de todo. Dejando de lado las diferencias entre la palabra *culture* (en diversas variedades del inglés), *cultura* (en latín o español), *culture* (en francés), *kultur* (en alemán) y la palabra rusa encarnada en su antónimo insultante *nye-kulturni*, me fijó en la definición de los antropólogos, que denota el conjunto de rasgos que hacen que un grupo social sea diferente de otro. Los politólogos han agregado otro truco ingenioso con la idea de cultura política, pero difieren entre ellos de maneras ajenas a la ciencia.

Voy a comenzar, pues, dando una definición funcional de *diplomacia* cultural que la distinga de *relaciones* culturales, pues éstas tienen lugar sin los gobiernos y consisten en toda clase de intercambios humanos, desde música hasta matrimo-

³ Alan Riding, “Entr’acte: Islamic Art as a Bridge to Understanding in West”, *International Herald Tribune*, 1 de abril de 2004. (Nótese que éste es el día de los inocentes en Estados Unidos.)

nio, turismo, comercio, películas, deportes e Internet. Por un lado, las *relaciones* culturales se dan, para bien o para mal, por sí mismas, sin que importe la definición que da un país u otro de sus intereses. Por otra parte, se puede decir que la *diplomacia* cultural sólo tiene lugar cuando los gobiernos le prestan atención a este complejo campo y tratan de dar sentido al caos para, hasta cierto punto, configurarlo y ponerlo al servicio del esquivo “interés nacional”, tan difícil de definir.

La omnipresente frase *diplomacia pública* genera confusión y poco más: no he encontrado ninguna definición de ella que sea convincente. Fue creada por un simple mortal para denominar una nueva escuela en Tufts University, en honor del gran periodista de radio y televisión, Edward R. Murrow, y para describir la labor de la Agencia de Información de Estados Unidos (USIA, por sus siglas en inglés) y así evitar el término envenenado de *propaganda*. Edmund Gullion, decano fundador de la Escuela Murrow en Tufts, dijo al mismo tiempo que *propaganda* era exactamente lo que él quería decir, pero era una palabra inaceptable en Estados Unidos. Desde su creación, la frase diplomacia pública se ha convertido en un *passe-partout*, que significa lo que sus usuarios quieren que signifique. Hoy es, pese a todo, una bandera conveniente bajo la que los diplomáticos culturales deben navegar.

Otra palabra escurridiza y demasiado usada, como se ha visto en nuestra reciente contienda electoral, es el sustantivo *cambio*. Cada momento histórico necesita lemas diferentes, pero en la oposición política estadounidense *cambio* les sirve a todos. Los políticos acentúan el sustantivo porque el verbo necesita un sujeto, un objeto y un complemento preposicional: “El señor X cambiará Y en Z”, mejor dejar vacíos los huecos... Las promesas de cambio raras veces son explícitas y más raras veces se cumplen, más allá de nuevas personas en los puestos. En Estados Unidos, *cambio* tiene hoy un sentido más grave:

representa el nuevo mundo de la era Internet, o el mundo post-soviético, o el mundo después del 11 de septiembre, sobre todo cuando se quiere argumentar en favor de una acción radical. *Cambio* es un mito transformacional útil mediante el cual se puede justificar decisiones porque se dice que el mundo de los dos primeros siglos estadounidenses ha desaparecido.

En cuanto a la diplomacia pública, el grito de “cambio” desencadenó un vendaval de palabras, una desenfadada búsqueda de las causas de diversas dolencias nacionales, en particular la aversión extranjera a Estados Unidos en contraste con un pasado más indulgente. El debate se ha arremolinado en torno a la diplomacia pública. A la fecha contamos con cuarenta o más sondeos y estudios en Estados Unidos, posteriores a 2001, más cientos de paneles de debate. Ninguno de ellos da una definición convincente de diplomacia pública. Peor aún, ninguno de ellos va más allá de mencionar el abrumador componente cultural que posee.

Es revelador que el papel de la diplomacia cultural en esos estudios de diplomacia pública sea el de una herramienta subordinada. Los estadounidenses mejor informados, los antiguos funcionarios de la USIA que han trabajado en la diplomacia formal de las culturas de uno u otro modo, saben que la dimensión cultural abarcó de setenta a noventa por ciento del trabajo, dependiendo del país y del personal de cada embajada. La pregunta más a fondo ni se plantea: ¿por qué los estadounidenses, al descubrir la desalentadora profundidad del daño a la imagen de Estados Unidos, país que se construyó a lo largo de dos siglos de esfuerzos privados y públicos, apuntan al fracaso de la diplomacia pública que, a fin de cuentas, es poco más que la forma diplomática de las relaciones públicas, de la publicidad o de la propaganda? ¿Contrata Harvard a expertos en relaciones públicas cuando se comportan mal el cuerpo docente, los estudiantes o los alumnos?

El mejor de estos informes, presidido por el distinguido diplomático de Oriente Medio, Edward Djerejian, *Changing Minds, Winning Peace*, en cuatro momentos diferentes frena en seco su búsqueda y desiste de abordar la política exterior estadounidense. Admitiendo que “darle la vuelta” a la imagen, manipularla, no puede mejorar una política que es mala, el informe explica por qué elude la “política”: por no caer dentro de su mandato (y ¿quién definió el mandato?). Es cierto, el declive de la imagen mundial de Estados Unidos no se dio de un día para otro, aunque el informe alude a que las soluciones momentáneas podrían ser convenientes, como por ejemplo, un plan de cadena de ensamble intensivo para crear cientos de hablantes de árabe y miles de traducciones de libros árabes al año. De hecho, el árabe está clasificado por el Instituto del Servicio Exterior de Estados Unidos —Colegio del Departamento de Estado para el entrenamiento diplomático y lingüístico— como la tercera lengua más difícil del mundo después del chino mandarín y el tailandés; expertos universitarios estiman que se necesitan cinco años para preparar a un hablante de árabe con un buen nivel. Desde el Informe Djerejian, Estados Unidos se ha ido moviendo silenciosamente en otra dirección, contratando a ciudadanos hablantes nativos y suscitando otras interrogantes.

De alguna manera hay una desconexión entre palabras y significados. Como lo hacen evidente los informes y los estudios, no parece que a los estadounidenses les haya pasado por la mente que una dosis de ingenuidad en “la divulgación de la historia” cambiará algo de importancia. Todos estos informes invocan una u otra forma de propaganda y colocan la carreta delante del caballo. Hasta Joseph Nye, cuando invoca el *poder blando* o *inteligente*, enumera las herramientas a las que él mismo se refiere (todas culturales: enseñanza del inglés, bibliotecas, libros, intercambios, entre otros) bajo el rubro de diplomacia pública.

La tenaz supervivencia de la cultura

Practicada con honestidad en el transcurso de los últimos 70 años, en continuidad con el pasado estadounidense, una diplomacia cultural persistente y continua podría hoy haber significado una diferencia. Es un consuelo informar que la diplomacia cultural ha sobrevivido precisamente por demostrar que puede hacer cosas que la propaganda, por mucha que se haga, no podría producir. La diplomacia cultural es sin duda el único elemento de la actividad diplomática exterior que, a la larga, podría haber disminuido la velocidad del deslizamiento de Estados Unidos hacia el estatus de paria global. En mi libro, *The First Resort of Kings*, informo de muchos de los silenciosos milagros culturales estadounidenses de los dos últimos siglos, sucesores de sonoras victorias, como el triunfo de Benjamin Franklin en París en 1778.

Doscientos años después, se presentó el principio de un final que ya se percibía: en el contexto de la persistente erosión cultural después de la muerte de Franklin D. Roosevelt, el 13 de abril de 1945, la desorientada reorganización de J. Carter en 1978 (con las mejores intenciones del mundo), hizo más pronunciada la caída de la calidad y cantidad del alcance cultural estadounidense. Se puede decir que en 1978 empezó a revelarse en el mundo la pérdida de fe en Estados Unidos.

Aun así, la noticia no es del todo mala: la diplomacia cultural ha sobrevivido.⁴ Después de más de sesenta años de un descenso continuo (que podría decirse tiene su raíz en 1942), que se aceleró después de no haberse podido revertir la propaganda del periodo de la guerra (1945-1946), es de admirar la tenacidad del producto cultural de la diplomacia de Estados

⁴ Véase el libro fundamental de Akira Iriye, *Cultural Internationalism and World Order*; Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1997.

Unidos, encabezado por el Programa Fulbright. Podríamos maravillarnos de que se mantuviera tan en forma como lo hizo, incluso después de las revoluciones electorales nacionalistas de Estados Unidos en 1980 y 2000.

En el presente nuestra nación ha elegido como líder a un afroamericano, un hombre que pasó una cuarta parte de su vida en el Tercer Mundo. No cabe duda de que ciertas cosas han cambiado. Pero una cosa es segura: costará algunos años volver a ganarnos la confianza del mundo. Hoy, para bien o para mal, son pocos los observadores extranjeros cultos que ven evidencias de que Estados Unidos se preocupa por el resto del mundo, o de que está dispuesto a explorar todas las alternativas antes de recurrir a la fuerza.

El poeta-obstetra William Carlos Williams escribió: “Es difícil enterarse de las noticias en los poemas, aun así, cada día mueren hombres miserablemente por falta de lo que se encuentra en ellos”. En el sentido que les da Williams, los asuntos culturales y educativos en la diplomacia no sufren menos descuido que la poesía. La diplomacia y las relaciones exteriores se enseñan con brillantez en nuestras universidades. Pero el *diálogo de las civilizaciones* de Huntington o el *poder blando* de Nye entraron en los programas de estudios hasta la década pasada, medio siglo después de que Fulbright creara la mayor herramienta cultural que el mundo ha conocido —el Programa de Intercambios fundado sobre los mismos principios. Todavía dependemos de la teoría de política exterior de Hans Morgenthau (realismo político) para analizar el choque de poder estratégico y geopolítica, e insistimos en el dominio de esas herramientas para maximizar los intereses nacionales (ahora con el neo-realismo).

En el curso de los años he descubierto tres categorías de personas que nunca tienen que preguntar a qué me refiero con diplomacia cultural: entre los estadounidenses, los historiadores

de la cultura y los antropólogos; en el extranjero, las personas cultas. Tal vez haya otros países que asignen presupuestos insuficientes a la diplomacia cultural; sin embargo, envían a personas admirables en calidad de diplomáticos de la cultura. México es un ejemplo de primera clase en este arte. Podemos mencionar los casos de Octavio Paz, Carlos Fuentes, Homero Aridjis, Fernando del Paso y, más recientemente, el de Jorge Volpi. En contraparte, Estados Unidos tiene el infortunio de infravalorar la cultura. La proyección de la diplomacia cultural, con modestia y respeto por las culturas y los valores de otros países, a cambio del acceso profundo a sus culturas, ha sido bien realizada por los estadounidenses sólo esporádicamente; el financiamiento sin embargo nunca ha sido suficiente. En mi opinión, la cultura es un supuesto universal al que se le da un alto valor en todas partes, aunque muchos de mis compatriotas la han considerado un juego irrelevante o marginal, una fruslería, o simplemente “diversión y atracciones”. El silencio de los periodistas no ayuda.

Con la publicación del libro citado he intentado proveer material para revertir ese estado de cosas, contar la historia de supervivencia obstinada de la diplomacia cultural, de una ingenuidad subfinanciada y de la persistencia individual que nada a contracorriente. Tenía la esperanza de recordar a los estadounidenses la invaluable capacidad nacional que han dilapidado. Por elección propia, mi libro es más descriptivo que prescriptivo. Mantuve implícitas mis conclusiones, esperando ingenuamente que serían obvias para los lectores: traté de demostrar, en el contexto de la historia mundial y de la práctica estadounidense en el curso de nuestros dos primeros siglos, lo que fue alguna vez la diplomacia cultural, lo que con frecuencia ha sido y lo que todavía podría llegar a ser. Traté de mostrar cómo funcionó, qué hizo, quién lo hizo y cómo se las arreglaron, en frase de Otto Ranke, “*wie es eigentlich war*”. Como ninguno de nuestros

profesionales en activo tuvo tiempo alguna vez de preocuparse por la teoría que hay detrás de ese arte, decidí simplemente describir lo que sucedió. Tengo la esperanza de que si el mensaje principal que aquí entrego es claro, juntos, tiempo mediante y con toda modestia, tal vez podamos hacer por la diplomacia cultural lo que Maquiavelo y Montaigne hicieron por la política.

Aunque a bajos niveles, la diplomacia cultural sobrevivió en la política exterior de Estados Unidos porque demostró el valor que tenía. En los casos de la implosión soviética o de la reorientación de Alemania y Japón, la diplomacia cultural discreta significó una diferencia, quizás *la* diferencia. Victorias como éstas, grandes y pequeñas, muchas veces han brotado orgánicamente de la calidad y sustancia de los vínculos educativos y culturales de Estados Unidos con el mundo. En esta vinculación, el caso de Estados Unidos no se exhibía como un *modelo*, sino como un laboratorio en el que se han probado, descartado, variado, aceptado, analizado y examinado los misterios de la gobernabilidad democrática hasta el mínimo detalle durante dos siglos. La mejor diplomacia cultural estadounidense estaba concebida nada más que para ilustrar y contribuir a esbozar opciones, para exponer y no para instar a la imitación.

El primer principio conductor, y tal vez el más importante, era maximizar los vínculos existentes, algunos de ellos forjados a través de los siglos. En 1938, fundadores de la diplomacia cultural, como el latinoamericanista, vicesecretario de Estado, Sumner Welles, el secretario Cordell Hull, Stephany Laurance Duggan, Archibaldo MacLeish, Ben Cherrington y el senador J. William Fulbright, configuraron una propuesta bienintencionada y cauta para el gobierno de Estados Unidos, basada en una estrecha colaboración con las universidades y el mundo intelectual estadounidense y extranjero. Estos personajes trataron de atar estos cabos en la trama de las relaciones humanas estadounidenses con países selectos en el extranjero, la mayoría

de ellos, en principio, de Latinoamérica.⁵ Es significativo que cuando Ben Cherrington tomó posesión como director fundador de la diplomacia cultural, su primer gesto fuera pasar tres meses en América Latina. Empezó su viaje con la Conferencia Interamericana en Lima, en 1939, donde conoció y fue guiado por el notable Albert Giesecke, ciudadano estadounidense que residía en Perú desde 1908, que encabezó el sistema educativo peruano hasta antes de jubilarse en 1931 para convertirse en el primer funcionario de facto de la embajada de Estados Unidos a quien se delegó la gestión de los asuntos culturales.

Es cierto que, en aquellos años, derrotar a las potencias del Eje cargó de energía a mis compatriotas para estos primeros intentos; sin embargo, los fundadores se mantuvieron firmes; tenían en mente una visión a largo plazo. En la retórica de la época, la discusión contraponía el “espejo de los culturalistas”, que mostraba a Estados Unidos tal como era, al “escaparate de los informacionistas”, quienes dirigían los reflectores hacia lo que querían que se percibiera en el exterior. Los culturalistas creían que la diplomacia cultural tenía que persistir después de la guerra para construir una estructura de paz; a largo plazo, comenzaron a ver su labor como la configuración de estructuras e instituciones humanas que podrían sobrevivir y, en su momento, reducir la ignorancia, la intolerancia y la sospecha que generaban guerras; la Guerra Fría puso fin a esta idea.

El balancín de la propaganda

Reducir la tentación de la guerra es, por supuesto, el objetivo de toda diplomacia. Pero para la diplomacia cultural, la guerra

⁵ Véase José Manuel Espinosa, *Inter-American Beginning of US Cultural Diplomacy 1936-1948*, Washington, D. C., Bureau of Educational and Cultural Affairs-Department of State, 1976.

representa un peligro especial: legitima la propaganda. Hacia 1942, las presiones de la guerra estaban socavando en Estados Unidos el diseño original de contactos de universidad a universidad. Más tarde, la Guerra Fría sería vista por hombres como Dean Acheson, Paul Nitze y John Foster Dulles como una justificación de la necesidad de programas de información más dinámicos, es decir, de la propaganda. En vez del intercambio de ideas honestas, experiencia, investigación de problemas comunes y verdades básicas, la manipulación y las tergiversaciones de las relaciones públicas empezaron a tomar la delantera, ayudando al poder de Estados Unidos a dirigirse al mundo.

Como era de esperar, a través de la guerra y la paz, el punto de vista de la propaganda no tardó en iniciar el lento proceso de tragarse el entendimiento de lo cultural. En 1978-1979, el joven y poco informado equipo de James Carter, imbuido de engreimiento, empezó a ondear los banderines de “escuchar más de lo que hablábamos” y abrió la puerta a la chapucería radical de los años ochenta. En las tres décadas siguientes, un elemento cultural tras otro, desde las bibliotecas para la enseñanza directa del inglés hasta el Programa Fulbright, se fueron debilitando, o tergiversando, o politizando, en el sentido de que se acercaron más a la política del día a día que a la de largo plazo. Hoy, el diseño original del componente de la diplomacia cultural está gravemente debilitado.

Los observadores extranjeros, deslumbrados por la profusa mezcla de la diplomacia cultural estadounidense después de 1945, ven el declive cultural con más claridad que nosotros. El bajo valor de la cultura se dramatizó en 1983-1984 con la retirada de Estados Unidos de la UNESCO, y después con la clausura gradual de las bibliotecas del United States Investigations Services (USIS), la enseñanza directa del inglés y otros productos prominentes en juego desde 1942 y, en algunos casos, desde 1917. Los exuberantes productos de Estados Unidos en el terre-

no, compendiados en el festivo revoltijo de contribuciones de Nelson Rockefeller, habían elevado las expectativas del mundo, lo cual agudizó la decepción cuando se esfumaron. Los amigos de Estados Unidos dedujeron que este país había perdido interés en ellos. Los observadores menos amigables se regocijaron al ver que Estados Unidos les dejaba el campo a ellos en el preciso momento en que el mundo empezaba a adquirir la forma que habían preconizado los perspicaces planificadores estadounidenses de los años treinta y cuarenta.

Los dilemas de los años inmediatos a la posguerra no fueron simples. Desde el punto de vista cultural, el mundo de fines de los cuarenta estaba desgarrado entre dos tensiones entrelazadas y en conflicto. Por una parte, la desintegración de los grandes imperios coloniales, la desarticulación de la autoridad nacional, la aparición de entidades culturales regionales, subnacionales y supranacionales, y la pérdida de misión diplomática de las antiguas grandes potencias, todo lo cual desencadenó nuevas búsquedas de identidad nacional, que invariablemente adquirieron la forma de una profunda investigación histórica y en general antiextranjera de las culturas, las lenguas, las artes y las religiones que moldean valores sociales, metas, perspectivas y comportamiento.

Por otra parte y tirando fuertemente en dirección opuesta estaba la fuerza homogeneizadora de la globalización, con demasiada frecuencia un sinónimo oportuno de *americanización*, que amenazaba a esas mismas identidades culturales emergentes. La revolución de las comunicaciones, ahora en su tercer milenio, ha ido tejiendo sin cesar al género humano en una red cultural gigantesca de trama cada vez más apretada, de habla inglesa, impulsada por la tecnología y respaldada por los negocios y el comercio. Para las culturas humanistas latinas esto significó una amenaza especial. De modo que los buscadores de identidad vieron nefastas señales en la estela de los obvios be-

neficios de la globalización. En las últimas décadas ha surgido un nuevo *antiamericanismo* no comunista, a medida que se fue viendo que el genio rector de Estados Unidos estaba explotando la globalización en su propio y egoísta beneficio.

Enfrentado a esas tensiones culturales tan obvias e irreductibles en el exterior, el proceso político estadounidense se dirigió hacia dentro. Obsesionada con preocupaciones internas, con una economía que giraba rápidamente hacia la pérdida de control, con elecciones frecuentes de alto costo y con un paralizante bloqueo político en el Congreso, la política estadounidense renunció a sus elevados fundamentos y no ofreció ningún enfoque afirmativo a esas paradojas globales. Ni siquiera los mejores estadounidenses tenían idea de lo que podía hacer la diplomacia cultural.

Las funciones de un diplomático cultural: prolegómenos a una teoría

En definitiva, el arte de un diplomático cultural puede definirse más fácilmente por lo que *hace*. Articulada por el gran John L. Brown, quien pasó su última etapa en el servicio cultural estadounidense en la ciudad de México, esta pregunta raramente tiene respuesta porque cada participante es un individuo que hace lo que se puede hacer con los recursos existentes en el momento de la historia en el que vive. El politólogo de la Universidad de Columbia, Wayne Wilcox, quien durante un breve periodo fue agregado cultural en Londres, lo dijo de la siguiente manera: “El diplomático cultural, aunque jurando en falso lo menos posible, hace lo que puede en el tiempo de que dispone, con los medios al alcance, con las personas que tenga a mano, en un país anfitrión reacio, para ‘proyectar’ un poco del estilo, la gracia y el genio nacionales”.

De hecho la reflexión de John Brown conduce inexorablemente a la teoría. Extrapolar la teoría de la práctica por inducción —y hacerlo mejor de lo que lo han hecho Charles Frankel o Philip Coombs—⁶ no es fácil. Con todo, sí se reconoce la necesidad de una especie de declaración definitoria y aquí un enfoque funcional puede arrojar bastante luz. Les recuerdo que el diplomático cultural promedio trabaja arduamente, a diario, unas doce horas, con frecuencia siete días a la semana, y se encara con las tenebrosas ciénagas de un buzón, un teléfono, correos electrónicos, una procesión de visitantes, la necesidad de ir a ver a funcionarios y figuras públicas en sus oficinas, asistir a actos públicos, interactuar con diplomáticos de otros países; la lista es interminable. Un colega definió la oficina cultural como la alfombra bajo la que se barre toda “la trivía” de una embajada. Otro, con amargura, dijo que los funcionarios culturales no son más que agentes de viajes enaltecidos.

Una teoría de la diplomacia cultural que va más allá del sondeo de 15 países realizado por Frankel (1965) tropieza con la diversidad de experiencias del agregado cultural: los antiguos funcionarios no siempre son capaces de ir más allá de su propia experiencia y algunos sencillamente no desean participar.

Los abundantes ejemplos que contiene mi libro autorizan, no obstante, una reducción interesante de sentido común del trabajo del diplomático cultural a cinco componentes funcionales por separado. Una teoría inducida a partir de los *actos* puede decirnos más que las abstracciones, en especial si estamos de acuerdo en que la retórica rara vez modela la conducta humana o que, cuando lo hace, no es por mucho tiempo.

⁶ Charles Frankel, *The Neglected Aspect of Foreign Affairs, American Educational and Cultural Policy Abroad*, Washington, D. C., The Brookings Institution, 1966, y Phillip Coombs, *The Fourth Dimension of Foreign Policy, Educational and Cultural Affairs*, Nueva York, Harper & Row, 1964.

Las cinco funciones de toda diplomacia son: a) representación (mostrar la bandera); b) investigación, consejería y relatoría (adquisición y aplicación de conocimientos); c) negociación y administración (hacer que salgan bien las cosas); d) formación de redes (influir en los amigos), y e) programación (guiar el cambio social e intelectual).

Cualquier diplomático reconocerá estas cinco funciones. Pero los diplomáticos culturales ven las funciones de manera diferente: en primer lugar, en la forma en que se desempeñan; en segundo lugar, en las audiencias a su alcance, y en tercer lugar, en la importancia que se da a la quinta función, la programación para el cambio. Los diplomáticos culturales también trabajan en diferentes marcos temporales: los diplomáticos necesitan resultados en tiempo real, pero los culturales realizan su trabajo más importante después de una larga y siempre renovada reflexión a lo largo del tiempo, con diversos ajustes de enfoque y retroalimentación continua. Los diplomáticos culturales tratan con un público mucho más amplio, más culto, más internacionalizado, menos instrumentalizado y a veces menos tendencioso políticamente.

¿Qué más distingue a un funcionario cultural? En todas partes del mundo, el diplomático cultural es visto por los extranjeros con diferentes ojos: en el plano político son vistos como más neutrales, separados por un tris de los intereses políticos a corto plazo; abiertos a otras clases de diálogo que no son el discurso político usual, y capaces de dialogar con intelectuales, artistas, actores, científicos, educadores universitarios y de secundaria, decanos y rectores de universidades, funcionarios ministeriales de educación y cultura, e instituciones educativas especializadas en medicina, agricultura, asuntos militares, ingeniería, derecho y administración pública. Los funcionarios culturales tienen el tiempo a su favor: se pueden relacionar más a fondo y más extensamente con sus interlocutores que el

diplomático tradicional. No están amarrados a su oficina: un buen diplomático cultural espera pasar fuera de la oficina la mitad de cada día.

También difiere la naturaleza de sus conocimientos. Un funcionario de la cultura es un intelectual por definición; los intelectuales se acercan al conocimiento como un proceso, un corpus siempre en crecimiento y cambiante, no como datos duros. Los diplomáticos estudiosos ya saben mucho sobre sus países, y lo que aprenden lo registran en un contexto más amplio que les permite hacer comparaciones sobre amplias bases. Si no son intelectuales *bona fide* certificados, al menos respetan las cualidades de los que sí lo son.

Sus redes o conexiones son más extensas: un diplomático de la cultura traslada su rolodex de un país a otro y recurre a una lista creciente de amigos académicos e intelectuales en Estados Unidos y en todo el mundo. Hace nuevas amistades todos los días: como la reverencia por la cultura es alta en la mayoría de los países, el funcionario de la cultura tiene un acceso poco habitual a ella; la neutralidad “cultural” y la asistencia a frecuentes apariciones públicas significan que son más visibles, y probablemente más accesibles que otros funcionarios de embajada.

Los mejores embajadores reciben con beneplácito lo anterior. Cuando llegué a Ceilán —hoy Sri Lanka— en 1963, seis meses después de que el Congreso de los Estados Unidos impusiera una suspensión de los programas de la Agencia para el Desarrollo Internacional (AID, por sus siglas en inglés), en el momento en que Sri Lanka nacionalizó el enmohecido sistema de distribución de gasolina de la isla, recibí instrucciones de mi embajadora, quien me dijo que las relaciones Estados Unidos-Sri Lanka estaban en pésimo estado. Tuve entonces que dar la cara en todas partes, aceptar todas las invitaciones, aun cuando no hubiera nada qué decir ni cuando la compañía fuera objeta-

ble en el plano político. Estuve allí para participar, no para confrontar. La embajadora concluyó diciendo: “En este momento, amigo mío, *usted* es todo lo que tenemos”.

Es en la función de programación donde el papel insustituible del funcionario cultural es más evidente. La diplomacia cultural significa la construcción de puentes entre intelectuales y profesionales de dos países. Con frecuencia, el nivel intelectual requerido es diferente. Algunas veces tenemos que ponernos al nivel de aprender, algunas otras tenemos incluso que enseñar, y algunas más tenemos que aprender nuevos paradigmas. Como regla de oro, para que se dé un verdadero vínculo entre colegas, el proceso de construir puentes requiere de cambios de las dos partes.

Un buen funcionario cultural tiene una capacidad de exigencia, casi exclusiva, sobre herramientas educativas únicas para alentar el crecimiento planeado y el cambio. Las embajadas observan, negocian, reportan y reaccionan, pero la acción progresiva, que implica un cambio de mentalidades en el curso de largos lapsos de tiempo, pocas veces es asunto primordial de la embajada. Ejemplo de lo anterior ocurrió en una antigua colonia británica, donde un funcionario cultural se dio cuenta de que el Departamento de Economía de la principal universidad del país todavía consideraba a la economía como una rama de la filosofía. Se puso en contacto a los economistas estadounidenses visitantes con el director de la facultad; se les proporcionaron libros y, llegado el momento, el Departamento de Economía envió a sus tres últimos y mejores graduados a la Comisión Fulbright para buscar la manera de estudiar los enfoques matemáticos de los economistas estadounidenses.

Los diplomáticos de la cultura parten del supuesto de que actuar para cambiar la mentalidad es un objetivo principal. Aplican diversas herramientas de intercambio cultural y educativo para orientar el cambio. Tratan de ayudar a encontrar

rutas para el cambio constructivo en el país anfitrión y en la relación bilateral, con consultas binacionales y hasta multinacionales siempre que sea posible. Sólo la AID tiene una capacidad proyectiva similar, pero dentro de límites estrictos que ella misma define, elaborados para satisfacer a un Congreso escéptico. Se puede decir lo mismo del Cuerpo de Paz, organismo que —según la experiencia de un funcionario que lo observó en Sri Lanka, India e Irán—, junto con la AID, trataba de conseguir la coordinación benigna de la oficina cultural. Pero no en todas las embajadas están presentes estas agencias y, allí donde no hay ni AID ni Cuerpo de Paz, el funcionario cultural lo es todo.

Hasta los años ochenta, todavía había funcionarios culturales más o menos bien dotados en todas las embajadas de Estados Unidos, a menudo en centros culturales y bibliotecas. Entonces la oficina cultural era la única de la embajada diseñada, con presupuesto y personal, para invertir en el crecimiento humano y el cambio en el transcurso del tiempo. Como las herramientas para el cambio eran educativas, no parecían intervencionistas: los funcionarios de la cultura saben que la educación se inmiscuye, pero también saben que es una intrusión que ayuda y deja amplia cabida a la elección, precisamente lo opuesto del lavado de cerebro.

Hay varias clases de programación por realizar. En cualquier relación cultural bilateral hay tres posibilidades de cambio. En primer lugar, en raras ocasiones, las relaciones culturales existentes están ya en pleno esplendor y no necesitan más que atención ocasional, un toque de mantenimiento, aliento puntual y paciencia para observar su crecimiento sin interferir. En segundo lugar, el caso más común, lo que ocurre es menos adecuado de lo que podría ser y lo indicado es un ajuste. En el tercer caso, no está pasando nada importante y entonces la meta es el cambio, no sólo de la mentalidad de los individuos sino, en último término, de las instituciones, a saber, un depar-

tamento más fuerte en una universidad o un nuevo departamento universitario que refleje los avances tecnológicos, o un nuevo sistema de catalogación para la biblioteca nacional, la computarización de sistemas de archivo, peritos en la preservación de tesoros artísticos o un enfoque diferente en una disciplina tradicional como la historia. La cuestión es el aprendizaje, y cómo aprender significa crecimiento y cambio; la programación cultural debe estar preparada para estimular ambos.

Mi libro es un compendio de actividades del programa para el cambio de mentalidad tan bueno como cualquier otro. Hay que recordar que la cultura es el fin y la educación el medio. La labor educativa se relaciona en primer lugar con escuelas y universidades, pero, sobre todo, tal vez sea más significativo decir que los funcionarios de la cultura trabajan en la educación adulta, con lo que quedaría reflejada la convicción propia de Estados Unidos de que el aprendizaje debe ser continuo en el curso de la vida, si se quiere que los seres humanos se mantengan al corriente. Como educador de adultos, el funcionario cultural es capaz de llevar más a fondo la información pública de lo que podrían hacerlo los funcionarios de medios de comunicación. En los años cincuenta y sesenta, una oficina cultural con un plan congruente, aun con recursos limitados, podía transferir conocimiento a virtualmente cualquier individuo o grupo, de cualquier edad y en casi cualquier situación. Con colaboración de la embajada, el funcionario cultural podía enviar a casi cualquier categoría de ciudadanos del país anfitrión a Estados Unidos y traer a virtualmente cualquier estadounidense idóneo al lugar a su debido tiempo. La gama de actividades iba desde la fundación de un nuevo departamento universitario, el cambio de perspectiva de un departamento antiguo, mostrar a jóvenes gobernadores de distrito cómo puede funcionar la democracia de base popular con una mínima cooperación favorable del gobierno, hasta la enseñanza del inglés o dar un libro o un

artículo de revista a un amigo, o una colección de libros a una biblioteca.

La mejor planeación cultural es aproximativa y flexible, y los resultados educativos casi nunca acaban siendo lo que se había planeado. Las universidades de Estados Unidos se jactan abiertamente de cambiar a sus estudiantes, aunque no predicen hacia dónde puede conducir ese cambio. En una oficina cultural no hay una bola de cristal; un funcionario de la cultura aprende a no prometer nada, pero sí a intentarlo casi todo. La discreción natural, un factor de sensibilidad cultural, lo lleva a ver que es un disparate decirle a un becario a corto plazo que la meta es un cambio personal en concreto, aun cuando el funcionario cultural sabe que es probable que ese cambio se dé. Patrocinadores y patrocinados son conscientes de que naturalmente se dará algún cambio y, si no es así, es que no ha habido ningún aprendizaje y se ha desperdiciado la beca.

En la programación cultural y educativa, así como en la educación misma, el cambio es ingobernable y a veces no se da ninguno; otras, el aprendizaje es selectivo y refuerza los prejuicios o la ideología; otras más, el cambio que tiene lugar no es el que se había previsto para bien (el síndrome Serendipity) o para mal (el factor Frankenstein). La correlación entre el diseño y los resultados puede ser menos clara de lo esperado por supervisores miopes, inspectores gubernamentales, evaluadores, congresistas distraídos, ciudadanos comunes entusiastas, periodistas escépticos o esposas de embajadores.

Las expectativas infladas, tanto propias como ajenas, son una plaga en los funcionarios culturales, que tienen que recordar y explicar constantemente que no son magos. Es una insensatez esperar que enviar a X de visita a Estados Unidos lo inducirá a votar “como nosotros”. Para ello se necesitaría “comprar” a la gente o “alquilarla”, un juego más caro que una beca de estudios, lo que definitivamente no es asunto de diplo-

máticos culturales. La educación no convierte a nadie en seguidor de causas específicas y, con plena seguridad, no hace que los estudiantes quieran a sus patrocinadores, a sus maestros o a sus instituciones, ni siquiera que les gusten. Todo lo que el senador Fulbright quería era elevar el nivel de *entendimiento*, que él consideraba mucho mejor —aun cuando fuera inconveniente— que el *mal* entendimiento o la *falta* de entendimiento. En el mejor de los casos, la educación expone a sus participantes a vías alternativas de pensamiento, diferentes maneras de hacer las cosas, nuevos modos de analizar situaciones, al peligro de las utopías, a la necesidad de otras visiones del mundo; la educación puede recordar a los participantes que los lemas nunca captan la realidad, que las llamadas “realidades” pueden verse desde otro punto de vista, y que hasta la realidad puede cambiar. En el sentido del diplomático de la cultura, la educación significa extraer lo mejor de la gente, mostrándoles cómo manejar verdades alternativas.

Un prominente dirigente de un partido trotskista en el Sudeste Asiático reprendió con tristeza a un funcionario cultural amigo suyo, diciéndole que era culpable de haber destruido al ídolo de su vida al darle el sutil libro de Herbert Deane sobre el pensamiento político de Harold J. Laski, héroe para los suda-siáticos y atraído por los socialistas fabianos. La obra de Deane había empañado para siempre al héroe de los trotskistas —le dijo—, aunque admitió con pesar que así era mejor para él. En el mismo país, Viet Nam, un joven dirigente obrero marxista, enérgico y talentoso, enviado por la Fundación Asia a mediados de los sesenta de visita a esta región, cambió espectacularmente de paradigmas y prioridades: al partir, su principal preocupación era las primeras fases de la Guerra de Viet Nam; tras su regreso, sin embargo, esa preocupación había pasado a ocupar el tercer lugar en su lista, después del hambre, como en Calcuta, y la corrupción, como en Indonesia y Filipinas.

Cuanto más apartado del camino se mantenga un funcionario de la cultura, más rápidamente ordenará un buen becario su experiencia de aprendizaje. La clave de un funcionario de la cultura, tanto para estudiantes como para visitantes de corto plazo, reside en identificar a personas inteligentes sin demasiados prejuicios y con un inglés adecuado; el buen becario es de mentalidad abierta y está dispuesto y motivado a aprender.

En el mejor de los casos, la diplomacia cultural es por lo tanto una inversión en el desarrollo humano. ¿Puede un país justificar el gasto de fondos para metas impredecibles? Por supuesto, del mismo modo que los estadounidenses justifican el financiamiento de Cornell o de Stanford, sin importar cuál sea el comportamiento de los graduados de estas universidades en las urnas. El arte de la diplomacia cultural consiste en brindar experiencias educativas que puedan maximizar las oportunidades de mejorar las vidas de otros y el futuro de sus países, en tanto que minimizan los riesgos de que las cosas empeoren.

La programación significa algo más que las personas. Significa productos como libros, pintura y exposiciones; artistas y actores, maestros y alumnos; música, películas, revistas, chistes y otras charlas a la hora del almuerzo, con comida y bebida. Puede significar también servicios humanos delicados: en los sesenta, la oficina cultural en Irán invirtió mucha energía en ayudar a los que regresaban de una larga capacitación en Estados Unidos, algunos de ellos gravemente desorientados, para que pudieran reinsertarse después de años en el extranjero—casi en exilio—; cuando empezó el regreso de cerebros, la oficina cultural hizo discretas indagaciones para buscarles trabajo y fungió de mediador en la resolución de conflictos, por ejemplo, cuando alguno de los retornados chocaba con la vieja guardia o necesitaba promoción. Las redes culturales son el medio; las personas y su crecimiento siguen siendo los fines.

La diplomacia cultural es, en suma, el arte de reunir a la gente adecuada en el momento preciso, en las circunstancias apropiadas, con los materiales idóneos a la mano. En el mejor de los casos, los funcionarios de la cultura conocen personas, aprenden quiénes son, se cercioran de cuáles son sus intereses, los tienen en mente, se mantienen en contacto y, cuando alguien o algo se presenta —un visitante, un libro o un artículo—, hacen la debida conexión. Saber esto es empezar a entender el arte.

Las tristes lecciones de la experiencia de Estados Unidos: ¿guía o advertencia?

Una nota final sobre la experiencia de Estados Unidos. Después de décadas de negligencia y erosión, a muchos de nosotros nos pareció que se aceleraba el declive de la diplomacia cultural formal y bien enfocada de Estados Unidos después de 1978. Semillas de reforma latentes, estudiadas cuidadosamente por muchos años, vieron la luz en un último suspiro con el Informe Stanton en 1975. Pero para fines de los setenta, Stanton había sido dejado de lado inadvertidamente por la ingenua reorganización de Carter, lo que puso fin a cuatro décadas de esfuerzos heroicos para desenredar el embrollo de la cultura-información. Sin advertirlo, las reformas de Carter prepararon el camino a los celosos y nacionalistas guerreros-psicológicos de la revolución Reagan y su intento de retrasar el reloj a 1917. Después, los encargados de recortar el presupuesto de Clinton, obsesionados con las prioridades nacionales y por la necesidad de equilibrar el presupuesto, no hicieron ningún esfuerzo por volver a las normas tradicionales, sino que se vieron forzados a rendirse al senador Jesse Helms, que veía a la USIA y a su componente cultural como dos reliquias de la Guerra Fría.

En 2001-2002, el equipo de G. W. Bush entregó lo que quedaba a la industria de la publicidad, jactándose de hacer de Estados Unidos una marca de fábrica y de la diplomacia pública una operación de control. En dólares reales, los presupuestos para asuntos culturales siguieron hundiéndose; elementos clave como las bibliotecas desaparecieron; el personal del Servicio Exterior fue recortado brutalmente, y los mejores funcionarios con amplia experiencia se jubilaron tempranamente, sin dejar a nadie para capacitar a los recién llegados. Excelentes funcionarios del Departamento de Estado fueron rotados a puestos culturales y después enviados a alguna otra parte; seis de los mejores funcionarios culturales se convirtieron en embajadores en países poco relevantes y después se les invitó a renunciar. Las funciones de la USIA estaban asignadas de nuevo al Departamento de Estado, desmembradas y abandonadas sin liderazgo; sólo la Oficina de Educación y Asuntos Culturales, relativamente intacta, se las arregló para seguir adelante, aunque a poca velocidad, y con poca voz para expresar lo que había sucedido en el terreno y menos aún sobre presupuestos. El renacimiento de un componente cultural estadounidense sano, en términos más ambiciosos, la restauración de una presencia cultural positiva de Estados Unidos en el mundo quedó a la espera; incluso con un liderazgo de punta, tardará décadas, una vez que se tome la decisión. No hay soluciones rápidas: “*No Quick Fixes!*”

Si aludo a nuestros problemas en Estados Unidos es en parte para que los que nos estudian entiendan nuestro estado actual, y en parte para que lo sucedido en Estados Unidos sirva para alertar a otros. En parte, también, para que los colegas en el mundo entiendan que su cooperación hoy en día es más importante que nunca antes. Estados Unidos ha intentado muchas maneras diferentes de hacer las cosas, y todas ellas están a disposición para su estudio y reflexión. Los diplomáticos

culturales del resto del mundo encontrarán aquí un laboratorio excelente de experiencias/experimentos del pasado y se ahorrarán el angustioso método de prueba y error de las seis últimas décadas de Estados Unidos.

Una razón más para estudiar el caso estadounidense puede ser importante para México: con la idea de un binacionalismo profundamente arraigado en nuestro sistema de valores, el entendimiento de la cooperación con otras naciones podría ayudarnos a encontrar un mejor camino.

De hecho, puede ser que la diplomacia cultural estadounidense haya encontrado su momento en la historia. En la actualidad, los chinos experimentan con grandes inversiones en la diplomacia cultural, aun cuando parece que es unidireccional; tal vez aprendan a tiempo que la extensión unidireccional se acerca más a la propaganda de lo que a primera vista parece obvio. Éste es un error que cometimos en Estados Unidos, irónico en el sentido de que el principio estadounidense de binacionalismo lo forjó el secretario de Estado, John Hay, después del inicio del siglo xx, durante el manejo por parte de Estados Unidos de las indemnizaciones de los bóxer con China. En los debates políticos actuales en nuestro país entre neopopulismo y cuadros de dirigentes instruidos, estamos en la fase populista. Todo país debe luchar por un equilibrio equitativo entre la voz de los analfabetos o semianalfabetos, y la voz de los que logran obtener la acreditación de la educación superior. En diplomacia cultural esto es cierto tanto desde el punto de vista de los emisores como de los receptores. Cada país debe elaborar su propio camino.

He empezado estas reflexiones con la divertida opinión de Churchill y su visión simplista del “pragmatismo” estadounidense. Estados Unidos ha tenido por lo menos durante un siglo el lujo de poder intentar muchas cosas antes de elegir su camino. Para la mente flexible de los yanquis, el método del tanteo fun-

cionó bastante bien, pero “agotar cada una de las alternativas” es un proceso costoso que países menos ricos difícilmente se pueden dar el lujo de poner en práctica. Sería prudente, pues, examinar cuidadosamente la experiencia de Estados Unidos primero y entenderla bastante a fondo, sabiendo que no se puede ni se debe imitar, sino sólo adaptarla a otros contextos. Para aprender de la experiencia estadounidense es necesario entender a un país mucho más complejo del que revela nuestra retórica; los propios estadounidenses pocas veces entienden cómo funciona *en realidad* su sistema. Desde la perspectiva de un observador extranjero, estudiar la experiencia de Estados Unidos es una ventaja, una lección de vías alternativas a la democracia y a una diplomacia cultural decorosa y eficaz. Cada país ha de encontrar su propio camino, pero en cuanto a la diplomacia cultural, que debe emanar de la profundidad del alma de una nación, hasta la fecha, las preguntas continúan siendo mejores que las respuestas.